

PERSONALIA

JAVIER MARIATEGUI, ACADEMICO DE LA LENGUA

Por GUIDO MAZZOTTI

El día martes 14 de diciembre de 1993, "en el intersticio de dos fechas centenarias" a decir de Luis Jaime Cisneros en alusión a las celebraciones natalicias de Honorio Delgado y José Carlos Mariátegui, fue incorporado a la Academia Peruana de la Lengua el Profesor Javier Mariátegui, con una sobria y concurrida ceremonia en el Palacio de Osambela, la que contó, además, con la lectura de una notable semblanza del flamante Académico a cargo de César Miró. La historia, no cabe duda, dará cabal cuenta de este hecho.

Una pluma como heredad puede ser una carga muy pesada, muchas veces imposible de llevar. Se conoce una innumeridad de hijos y discípulos que hubieron de cargar con ella y cedieron ante su peso, desasidos de talento, oficio o espíritu. Javier Mariátegui ha cargado con dos plumas: la de José Carlos Mariátegui, su padre, y la de Honorio Delgado, su maestro.

José Carlos Mariátegui es el oteador mayor del pensamiento que la historia colocara en este siglo en nuestro

país, el Perú, para beneficio de sus múltiples realidades y facetas, y que reclamarán por siempre su presencia. Alejado de la estrechez del dogma o de la imitación de modelos, su pluma vuela al nivel que le corresponde a quien fundamenta una ética de principio social. Toma además, distancia temporal y de circunstancias, por lo que su obra está destinada al premio mayor de la labor humana: la trascendencia. Más cerca del tema que nos congrega, de forma dura pero de ninguna manera inapropiada, José Carlos Mariátegui nos allana el camino para vigilar el quehacer intelectual, particularmente el literario; he aquí lo escrito en *La Escena Contemporánea*: "El intelectual, como cualquier idiota, está sujeto a la influencia de su ambiente, de su educación, de su interés. Su inteligencia no funciona libremente. Tiene una natural inclinación a adaptarse a las ideas más cómodas, no a las ideas más justas". Sin embargo, el legado mariateguiano no termina allí; reclama para las obras un espíritu, no tan sólo una técnica; reclama, además un "alma matinal", y un "alma



encantada" (tomado de un título de R. Rolland), en contraposición a las almas crepusculares y desencantadas tan presentes en aquellos círculos jasperianos de la historia y las obras de los hombres que la hacen, cuando la decadencia llega a tocar la puerta.

Honorio Delgado, a quien Javier Mariátegui dedica buena parte de su trabajo de incorporación a la Academia, es el médico filósofo, humanista y esteta, que logró poner en palabras toda su excelencia y que, al igual que José Carlos

Mariátegui, lo hizo, a su manera, para la perpetuidad. Este último escribió en 1926 refiriéndose a Delgado, ya considerado eminente, como uno de los pocos que "trabaja con seriedad y sin alarde". Accedió Delgado a la Academia Peruana de la Lengua por incontestable merecimiento en 1941 y es el único antecedente de presencia médica en esta Institución desde su establecimiento, el 5 de mayo de 1887. Sin embargo, su extraordinaria rigurosidad y autocrítica lo llevarían a considerarse a sí mismo como "un impe-

dido de la palabra" al momento de exponer sus ideas. Esta es la heredad de Delgado, magno y a la vez severo en autocrítica; riguroso y actualizado, y a la vez presto al cambio o hasta adelantado a sus tiempos; jamás dogmático, y a la vez firme en juicios; original y privilegiado, y a la vez depositario de influjos europeístas y de aquellos que lo antecedieron en el quehacer luminar del pensamiento y la ciencia de nuestro país.

En las *Tesis de Praga* podemos leer: "La lengua, producto de la actividad humana, comparte con tal actividad su carácter teleológico o de finalidad... en el análisis lingüístico debe uno situarse en el punto de vista de la función. Desde él, la lengua es un sistema de medios de expresión apropiados para un fin". También encontramos: "En la formación de las lenguas literarias, las condiciones políticas, sociales, económicas y religiosas no son más que factores externos; ayudan a explicar...". Y finalmente: "La distinción de la lengua literaria se realiza gracias a la función que desempeña, particularmente mediante las exigencias superiores que se le imponen... expresa la vida de cultura y de civilización". A esto debemos añadir el tratamiento adecuado de la denotación y la connotación; si lo hacemos apropiadamente y observamos detenidamente la obra de Javier Mariátegui veremos cuán cónsona es con lo dicho en este párrafo, y con la obra de su padre y de Honorio Delgado.

En las obras de Javier Mariátegui, desde los epígrafes se traduce una intencionalidad connotativa superior; recordemos alguno, memorable, proveniente de Gálvez Ronceros, precediendo *Salud Mental y Realidad Nacional*, en ese tiempo gris para la Medicina y el Perú en que esta obra fue escrita, luego de la inadmi-

sible salida de Mariátegui del Instituto Nacional de Salud Mental. Aún en esas circunstancias, el autor se eleva a donde le corresponde a lo largo de toda la obra, genera un epílogo galeato, y deja que la historia cumpla su misión.

Recorrer la obra escrita, vasta y variada, de Javier Mariátegui sobrepasa cualquier intento desde las páginas de la sección Personalía. El mismo Mariátegui da cuenta y justifica tal vastedad en *Medicina como Arte Literario en el Perú*, su Trabajo de Incorporación a la Academia Peruana de la Lengua; en sus palabras finales dirigidas a los Académicos dice: "Apenas se dio el dolor o la afección en el hombre primitivo apareció el *medicine man*, el "hombre de las medicinas", mago o curandero. *Demiurgo* cercano a los Dioses primero, *demoergo* cercano a las masas después, el médico encuentra su saber en el fondo mismo de la historia, en los orígenes de las ciencias humanas", y luego sustenta el "magma de conocimiento compartido desde donde emergen la literatura y la medicina, el lenguaje y el saber médico". ¿Cómo esperar otra cosa de la obra de Javier Mariátegui que no sea lo que él mismo piensa del quehacer médico en particular y humano en general? Atinaremos si a dar cuenta de dos líneas de obra impenitente a los que se ha dedicado en los últimos tiempos: la editorial y la periodística; la primera desde su posición en la Cátedra Honorio Delgado e infatigable orfebre de la *Revista de Neuro-Psiquiatría*, *Acta Herediana* y el *Anuario Mariateguiano*, y la segunda en diversos medios pero particularmente desde las páginas del diario *El Comercio*.

Con lo dicho también confirmamos la calidad de Maestro de Javier Mariátegui, aún cuando no mencionemos su

generosidad de palabra y de obra cuando aprecia merecimientos en los elegidos. No debemos olvidar, por cierto y preventivamente, que muchas obras, inclusive la de Honorio Delgado, fueron criticadas y hasta enjuiciadas por personajes que, enfrentados a lo apodéctico, fueron traicionados por la brújula y los vientos. Sin embargo, la lectura motivadora del Trabajo de Incorporación... nos confirma con la presencia anímica de Unanue, Heredia, Ulloa, Valdizán, Delgado, Monge, Weiss o Valega, la existencia de un hilo conductor entre sus palabras, la magnitud de sus obras y la grandeza de sus vidas; este hilo lo tiene Javier Mariátegui y su presencia en la Academia lo confirma.

Al cerrar este pequeño círculo de palabras que regresa sobre nuestra intención inicial, recurriremos nuevamente al verbo de Luis Jaime Cisneros durante la ceremonia de incorporación: "No es, pues, como queda demostrado, sólo a un médico distinguido a quien hoy recibimos en esta casa sino a un hombre comprometido con la verdad, con la ciencia y con la poesía; comprometido firmemente con el hombre y sus fantasmas, a quien nada de lo humano le ha sido nunca ajeno, por apellido o por tradición". Este compromiso de Javier Mariátegui está garantizado por un *dictum* aonio y por una necesidad histórica.

SEMBLANZA DE JAVIER MARIATEGUI*

Por CESAR MIRO

Es muy grato para mí y un legítimo privilegio recibir a quien, al serle impuesta la venera, se convierte en Miembro de Número de la Academia Peruana de la Lengua. El doctor Javier Mariátegui Chiappe ha sobresalido de manera notable en el ejercicio de la medicina y en su actividad de hombre de letras y esta Institución se honra en incorporarlo a su noble quehacer. El nombre de los Mariátegui ha figurado en momentos significativos de la vida peruana, ya sea el de Francisco Javier que integra el primer Congreso Constituyente de la República, el de Ignacio presente en todas

las acciones navales desde la Emancipación hasta el 2 de Mayo, el de José Carlos desvelado por el incierto destino de nuestro pueblo.

Javier Mariátegui nace dos años antes de la desaparición de su ilustre padre y ha recibido su mensaje en la perseverante tarea profesional y cultural. Primer puesto de su promoción en la Facultad de Medicina de San Fernando, despierta su interés por la psiquiatría en la cátedra de Honorio Delgado, discípulo en Viena de Sigmund Freud. Será profesor de la especialidad, fundador de la Universidad Peruana Cayetano Heredia, Jefe del Departamento de Psiquiatría y primer Director del Instituto Nacional de

* Discurso de Recepción como Académico Titular.

Salud Mental, profesor principal del Departamento de Ciencias y Humanidades y Coordinador de la Cátedra Honorio Delgado de la Universidad Peruana Cayetano Heredia.

El nombre del divulgador del psicoanálisis está estrechamente vinculado a los trabajos de Javier Mariátegui desde su *Elogio de Honorio Delgado*, discurso del programa conmemorativo del centenario de su nacimiento en el que afirma que no sólo fue el gran psiquiatra que todos admiramos sino también el médico cabal, "consciente de la autoridad en su posición, enterado de los nuevos desarrollos del saber médico". Esta fidelidad, esta consecuencia no las guardarán con Sigmund Freud, el creador del psicoanálisis, sus discípulos Adler y Jung que cuestionarán las teorías del maestro. Alfredo Adler, psicoanalista austriaco autor de una *Psicología del individuo* acompaña a Freud al comienzo de su carrera para separarse más tarde ruidosamente de él. Por su parte, Carlos Gustavo Jung, psicoanalista suizo, se rebelará contra las teorías de su creador. Negado tres veces, como San Pedro a Cristo, nadie podrá despojar a Sigmund Freud del mérito de haber estructurado unas técnicas que ya practica la Iglesia en el acto de la confesión, terapéutica que libera al paciente de su trauma y que el psicoanalista perfeccionará.

Acaban de cumplirse cinco siglos del nacimiento, en un pueblo vecino a Zurich, del genial Paracelso, médico y alquimista de increíbles premoniciones y presagios, de quien dice Honorio Delgado en su biografía que el desconcertante progenitor "da importancia a la psiquiatría, en primer lugar porque avalora la vida anímica en el enfermo, es médico del cuerpo y del alma" y avanza en el

diagnóstico de la neuropatología "se afana en explicar las personalidades anormales y en distinguir las formas de la locura" erigiéndose, por lo tanto en precursor de la etiología de las neurosis.

La actividad literaria suele ser una irresistible tentación del médico que busca equilibrar el desafío del dolor humano con una fuga vehemente hacia la vida del espíritu. El doctor Javier Mariátegui confirma en numerosos trabajos sus calidades de escritor, ya sea dirigiendo la *Revista de Neuro-Psiquiatría*, una de las más antiguas del continente, o como miembro de la plana editorial de publicaciones extranjeras, mientras desempeña importantes cargos en sociedades de la especialidad. Es consultor de la Organización Panamericana de la Salud con sede en Washington, Miembro del Comité de Expertos en Salud Mental, colaborando activamente en los afanes de la Organización Mundial de la Salud. El doctor Mariátegui ha ejercido sin descanso la función pedagógica y de hombre de letras, de conferencista inspirado y expositor en foros y coloquios. Vale mencionar un preciso trabajo sobre *El Mercurio Peruano y la Medicina* que publica nuestro *Boletín* y acaba de aparecer, con nuevos aportes al análisis, en libro que prologa Alberto Tauro, poniendo el acento en la presencia benéfica de Hipólito Unanue en lo que es, en realidad, la crónica ejemplar de un tiempo excepcional de nuestra cultura. "En clínica médica -escribe Mariátegui- interesó desde la nosografía académica hasta la divulgación científica. La asistencia médica -continúa-, la patología manifiesta y el *cursum morbi* tienen la calidad de una clínica perspicua y de una información actualizada. La nosología empezaba a variar en la teoría y en la práctica al influjo del conocimiento

médico ilustrado y los *mercuristas* reflejan este nuevo enfoque. Los desórdenes mentales -observa finalmente Mariátegui- tienen estatuto de enfermedad en tiempos de la Ilustración y la necesidad de su asistencia médica es ya considerada, allende la práctica de la caridad de las instituciones eclesiales". Más adelante, nuestro analista expresa: "Unanue manejó el tema de la botánica, como otras ciencias naturales, con erudición y elegancia. Era una tarea de la 'Sociedad de Amantes del País'".

Es muy acucioso y puntual este ensayo del doctor Mariátegui en el escrutinio de la sociedad peruana de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX y de lo que representa el *Mercurio* al participar "en el diseño del ser y del sentir nacionales, en el proceso de búsqueda que llamamos peruanidad". No sólo es Unanue un humanista como los del Renacimiento o los del *Siglo de las Luces* porque incursiona en el universo de los clásicos y los estudia en sus idiomas originales y le son familiares Platón y Aristóteles, Horacio y Virgilio, Voltaire y Rousseau. Su fama se proyecta en la inquietud de Cayetano Heredia, su heredero inmediato; su ejemplo repercute en la aventura trágica de Carrión y está vivo en el impulso creador de Hermilio Valdizán. La presencia del influyente protomédico es un desafío cuando se habla de San Fernando, de la *Sociedad Patriótica* que discute el régimen más conveniente para responder a las urgencias de la vida peruana y hasta donde llegan las recomendaciones de Montesquieu, el *élan* de los enciclopedistas y se perciben las impetuosidades del *sturm und drang* de Schiller y Goethe o el discurso de Víctor Hugo, en los años de la revolución romántica.

Javier Mariátegui conoce a estos hombres, sostiene con ellos un diálogo espectral. Su quehacer lo lleva a identificarse con médicos de otras épocas que fueron también escritores, con el mismo Freud que nos induce a reflexiones no previstas cuando asegura que el sueño trastorna las leyes de la lógica; con Charcot que organiza una de las clínicas de neurología más importantes de los tiempos modernos y nos habla de la histeria como de una psicosis inducida por las ideas. Jung, a quien ya conocemos, escribe obras que tratan de una simbología de la libido y es autor de un trabajo muy exigente sobre el *Ulises* de Joyce que llama "destrucción creadora" y una "casi universal remoción del hombre moderno que está evidentemente sacudiendo a un mundo decrepito".

No desconoce Mariátegui la acción conspirativa de los seguidores de Unanue de 1808 en los claustros del Colegio de Medicina. No podría olvidar a José Gregorio Paredes, médico, matemático y constituyente; a Tafur, a quien preocupan unos enfermos mentales en esos años de Esquirol y Pinel, alienistas franceses de fines del XVIII que hablan de la manía y la melancolía como si resucitaran Paracelso y sus lunáticos. Le son conocidas las ideas de Valdés sobre el bálsamo de copayba que Unanue utilizara para estudiar la esparmosia infantil, la epilepsia y el tétanos.

En varios números de *Acta Herediana*, magnífica publicación que nos absuelve de incómodas carencias, hay juicios que ilustran las calidades de nuestro nuevo académico. Así en "La trayectoria herediana" (XXX aniversario, abril-septiembre de 1991) escribe como miembro del comité editorial una ajustada reseña sobre la enseñanza de la

medicina. "Unas pocas materias -recuerda-, dictadas en ocasiones por brillantes maestros, conformaron por siglos la educación de los profesionales de la medicina, enseñanza teórica y libresca con pobre práctica clínica. La profesión médica era desdeñada por aristócratas y criollos y destinadas para servir a gentes de color" y cita a Manuel Atanasio Fuentes cuando dice (*Estadística*, 1867): "Fuera de los muy respetados médicos Unanue, Tafur, Heredia, Paredes y dos o tres más blancos, de los demás, el más claro tenía el color de la canela" y agrega que "los cirujanos romancistas (los 'barberos') se dedicaban a las 'enfermedades externas' y, junto con los boticarios, quedaban fuera del nivel académico, restringidos a desempeñar una suerte de artesanía".

En el volumen 12 (octubre 1991, marzo 1992) de *Acta Herediana* suscribe Mariátegui un conciso análisis sobre Vallejo y la Medicina. No se podría decir más y con mayor elocuencia en tan breves párrafos. Escribe el doctor Mariátegui que "cuando se reflexiona sobre César Vallejo y la Medicina, en términos del saber antropológico, se abre entonces una serie de vías de investigación que concluyen y rematan en la enigmática enfermedad que terminó con su vida" y piensa que "la vida de Vallejo está signada por una melancolía lúcida que se expresa en altibajos del ánimo" y que "Vallejo hombre trasunta la emotividad indígena, la sensibilidad del aborigen, la mentalidad anímica y la disposición depresiva" que son "nostalgia de exilio, nostalgia de ausencia", recogiendo el retrato original que hace del poeta de *Trilce* José Carlos, tan expresivo, se nos ocurre pensar, como el de Córdoba en Versalles, como el de Juan

Larrea en Fontainebleau. "Su pena no es personal" -dirá el Amauta. Su alma "está triste hasta la muerte", repetirá glosando a Darío; "de la tristeza de todos los hombres. Y de la tristeza de Dios".

En innumerables trabajos que leemos en la *Revista de Neuro-Psiquiatría* el doctor Javier Mariátegui tratará problemas sociales que, más allá de los concernientes a su especialidad, abarcarán temas de epidemiología, alcoholismo, farmacodependencia, quimioterapia de la angustia, medicina folklórica y, de manera principalísima, aquellos que atañen a la salud mental y que consagran a Javier Mariátegui como a un escritor comprometido con los problemas del hombre frente a las exigencias de nuestro tiempo. Estudiará entonces los aportes de Honorio Delgado, Hermilio Valdizán, Baltazar Caravedo, Sebastián Lorente de Patrón, Oscar Trelles Montes. Al conmemorarse el cincuentenario de la *Revista* publica en el diario "El Comercio" (11 de marzo de 1987) un juicio que merece consignarse porque condensa la extraordinaria labor de aquella publicación en su propósito indesmayable de llevar al conocimiento público la tarea en que nuestro nuevo académico es tribuno, orientador y miembro sobresaliente de un apostolado admirable. Nos interesa, de manera personal, su semblanza de Alfonso de Silva con quien compartimos, junto a Vallejo, inolvidables noches en París y que el poeta de *Poemas humanos* evocará: "Alfonso estás mirándome, lo veo / desde el plano implacable donde moran / lineales los siempre, lineales los jamases". Alfonso de Silva, el talentoso compositor de románticos *lieder*, sufrió una vivencia signada por la angustia existencial de Soren Kierkegaard, presente en *Pobre*

amor, en *Las gaviotas*, en "Que están emponzoñadas mis canciones" y a quien no podremos olvidar.

En *500 años después. El nuevo rostro del Perú* hay unos juicios muy bien fundamentados de Javier Mariátegui que voy a transcribir textualmente: "La crónica y la crítica de la frustración en el Perú -escribe- no puede restringirse a los tiempos actuales, ni tampoco limitarse a lo frustráneo, pues la historia de la humanidad es siempre un escenario de conflicto y de lucha". Con el extendido "trauma cultural" que significó el encuentro de las altas culturas aborígenes con el conquistador español, se produjo lo que Alberto Tauro define con la doble escisión que ha de afectar el desarrollo del país en la "notoria dicotomía social y cultural del Perú contemporáneo". "Esta quiebra en el perfil histórico del 'Perú profundo', de su economía agraria y su organización social generó, desde el comienzo de la conquista, la oposición entre lo indígena y lo alienígena, la pérdida, sin sustitución, de una identidad que dio nacimiento al 'problema indígena', a la crónica frustración que se hizo cada vez más nítida en la Colonia y que no resolvió la República". En todos estos tajantes juicios de un minucioso auscultador de la realidad peruana asoma de nuevo el sociólogo preocupado por esta nación invertebrada, en el diagnóstico de Ortega, en este conglomerado de gentes disímiles que somos y que es misión del hombre de pensamiento reconciliar, poner en valor sus valores indudables, configurar una imagen permanente y honda, salvarlo de la discordia, la dispersión y el caos.

Esta obra que apenas estoy glossando merece primordial atención cuando se lleva a sus últimas instancias en

libros fundamentales como *La psiquiatría en América Latina. Salud Mental y realidad nacional*, que comprende una experiencia válida de lo realizado por el Instituto Nacional de Salud Mental "Honorio Delgado-Hideyo Noguchi". Este libro, organizado por Javier Mariátegui, es historia y experiencia, problemática y consejo, balance e inventario de un ejercicio que dejará utilidades reales. Es otro valioso trabajo "El síndrome fronterizo", en el sentido de pasaje entre neurosis y psicosis y lo es asimismo su discurso sobre "La Universidad, la identidad nacional y el médico de hoy". Especial simpatía nos despierta su semblanza de Martín de Porras, "un santo mulato en la Lima seiscientista" o la de "Mata de Gregorio y el liderazgo de la Psiquiatría en América Latina". "Valdizán y el concepto de peruanidad" nos conduce a *Freud y el psicoanálisis. Escritos y testimonio* de Honorio Delgado y nos lleva también a su biografía de *Hermilio Valdizán. El proyecto de una psiquiatría peruana*, su obra más afortunada y medular. En ese deslumbrante diorama están comprendidos ambos crepúsculos, el del alba y el ocaso, del huanuqueño fuera de serie porque sus "privilegiados talentos" están iluminados por una irradiación cenital. La huella de Valdizán se percibe en este libro en diversas y aleccionadoras estancias. Puntualiza Mariátegui el carácter psicoterapéutico de la medicina desde sus orígenes, su acción en todas las etapas evolutivas del pensamiento médico y renueva su convicción cuando dice que "de intuitiva, merced al desarrollo de la psiquiatría, la psicoterapia ha devenido en científica, sin despojarse totalmente de su esencia infabla y mágica". Y nos sorprende al descubrir "la forma en que se va estableciendo la noción de la

muerte... producida por la eclosión de la enfermedad" cuando se dan "comportamientos diferentes, indiciarios, en último análisis, de la estructura del yo". Y apunta el biógrafo que "estas y otras observaciones de fina aproximación al alma del doliente hacen de Valdizán un adelantado, en su tiempo, de la psicología médica y de la patología psicosomática" y que da a su enseñanza "un acento peruanista".

Es difícil compromiso el de intentar una definición de Javier Mariátegui Chiappe, médico, escritor, humanista en lo que tiene de universal el humanismo. Igualmente arduo sería interpretar el gesto meditativo de Erasmo en el retrato de Holbein, los insomnios del ginebrino del *Emilio*, los claroscuros de la imagen múltiple de Unanue. No está ese compromiso en la prédica que dispersa sino en la doctrina que polariza y concentra en el quehacer del psiquiatra que es un antropólogo de la conciencia en sus más íntimos estratos, más allá de los huesos y de la sangre, mucho más profundamente averiguado el destino del hombre que puede proponerlo el sociólogo, el profeta, el augur. Volver sobre las austeras disciplinas del bienvenido académico sobrepasa las posibilidades del apologista. Porque de pronto lo encontraremos filosofando en la melancolía de Vallejo o en la recurrencia de la muerte en la poesía de Juan Ríos y también en la requisitoria siempre actual del fiscalizador de *7 Ensayos*. No es el solitario lucubrador de utopías Javier Mariátegui sino el práctico trabajador en equipo que comparte la útil faena con otros buscadores de tesoros culturales como él: los tesoros de la iden-

tidad nacional, del ser que somos, del pueblo que quisiéramos ser. Su generoso *curriculum* comprende la recolección de trabajos periodísticos, de investigación, de siembra de ideas, de libros de su propia cosecha y de otros en que comparte la tarea con Seguí, Querol, Caravedo, Rotondo, García Pacheco, Chiappo, Valega, Herculles, inspirados y continuadores de Unanue, Heredia, Ulloa, Valdizán.

Todos los temas, todas las concepciones teóricas y prácticas están en esas páginas repartiéndose en centenares de títulos, enunciados, sugerencias, deslindes. Especial atención dedica Mariátegui a los temas de Higiene Mental que es su disciplina predilecta; pero también figuran en ese mural enfoques socioculturales y experiencias del saber académico.

Ha sido realmente placentero para mí preparar estas palabras de recibidor porque me han abierto puertas apenas entreabiertas a la investigación, lecturas y relecturas, reflexiones y aprendizaje. Como otros médicos seducidos por la filosofía y el ensayo como Pedro Laín Entralgo, seguidor de las teorías orteguianas, me ha parecido ver a Javier Mariátegui siguiendo la huella de Honorio Delgado, asomándose a esos mundos misteriosos del subconsciente colectivo en busca de una psiquiatría peruana, de un sistema que nos ayude a conocer nuestras virtudes y descubrir nuestras carencias. Una inquisidora devoción, en suma, que nos permita recoger las voces, los signos, las señales que harán posible lo que podría llamarse una imagen verdadera del Perú esencial.